

Bajo la encina

Gabriel Alejo Jacovkis

Gabriel Alejo Jacovkis Polak



Nació en Buenos Aires, Argentina, en 1949. Desde 1976 vive en Valldoreix, Barcelona.

Ha escrito y estrenado los monólogos “*Alguien*”, “*La novia*” y el poema teatral “*Ya soy*”.

Ha publicado los poemarios: “*Del alba al ocaso*” (Art i paraules, 2007), con fotografías de Héctor Zampaglione, “*El libro y el poeta*” (Art i paraules, 2012) acompañado de un CD con poemas recitados por el autor y músicas originales de Quicu Samsó, “*De la ignominia. Viaje del infierno al infierno*” (Amargord, 2018) y “*El labio en la roca*” (Edición digital del autor, 2021).

Poemas suyos aparecen recogidos en las antologías “*transAtlánticos*” (Consulado Argentino en Barcelona, 2011), *Poesía antidisturbios* (Amargord, 2015), *Poesía y raíces* (Amargord, 2016), *Amor se escribe sin sangre II* (Lastura, 2018), *Brossa de foc* (Descontrol, 2019) .

Publica periódicamente en su blog
<https://paramiuncortado.wordpress.com>

Bajo la encina

Gabriel Alejo Jacovkis

Edición del autor

Gabriel Alejo Jacovkis, 2021

Diseño y edición G A J

Edición del autor



Creative Commons

Attribution-NonCommercial 4.0

“Bajo la encina” es un libro que reúne 50 poemas. El rasgo común que los une es que en todos ellos las protagonistas son mujeres. Algunos poemas figuran en “Del alba al ocaso” (Art i paraules, 2007), “El libro y el poeta” (Art i paraules, 2012) y en la antología contra la violencia de género “Amor se escribe sin sangre II” (Lastura, 2018). El resto son poemas inéditos hasta ahora.

Dedicatoria

A mamá

Qué hago yo
dedicándote este libro
si nunca lo podrás leer.
Por todas las veces
que no nos encontramos
querría que supieras
que sigo aquí y vivo,
que sigo y pienso en vos
cuando el limonero florece,
cuando caen las hojas del arce,
cuando el agua moja las risas de los niños
y cuando el olor a encina que se quema
acompaña mis ocasos teñidos de frío.



Tu palabra muda

Recostada en sol y sombras impensables
tu cuerpo se convierte en infinito.

Vuelan pájaros en círculos de amores
y los círculos te envuelven.

Y tú, ausente de las guerras,
provocando las paces con silencio
creas bosques sin oscuros,
lagos viejos donde beben las mañanas,
senderos que caminan mariposas
y piedras con gusto a despertar.

La música te mira,
la estatua se despierta
y alguien oye tu palabra muda.

De "Del alba al ocaso"



Dos alianzas

Espera.

Piensa dónde está

o cuándo o con quién.

Las arrugas en su rostro le dibujan el pasado.

Dos alianzas que le acercan la memoria.

Y ese gesto infantil que la delata.

Una niña. Sola en un hogar vacío.

Sin juegos ni recuerdos

que le hablen de los juegos.

Cuánta ropa lavada.

Cuántos surcos abiertos en la tierra.

Y el hambre, ese hambre del día y de la noche,

al que ambos sentados a la mesa

engañaban con palabras.

Y ahora que ella come y que cocina

y quiere mirarlo

sin las prisas del “mañana al alba al trabajo”,

del dormir, del amar, del criar,

y ahora que puede sonreírle

con la tranquila dulzura del tiempo caminado,

él no está.

Se volaron sus palabras.

¿Con quién habla entonces de la guerra,

de ese tren,
de sus muertos en la noche,
del fusil y el paredón?
Sólo con la alianza, la más grande,
la del luto, de la sangre y del dolor.
Ella espera.
Ella piensa: “ya voy,
ya estoy contigo,
ponte tu alianza y tu sombrero,
bebamos como siempre de aquel vino,
y charlemos por la senda que va al mar”.

De "Del alba al ocaso"



Deshabitada

Busco inútilmente sus pisadas
y ando sola por mis caminos rotos.
Mi universo está vacío.
La soledad es un monstruo que me habita.
Nadie está para alarmarme.
Nadie intenta una caricia.
En cada poro de mi piel mora su muerte.
Pero vivo
y acudo cada día a la tristeza.
No pregunto, no doy,
no percibo,
no lloro.
Mis ojos secos están secos de esperanza.
Quiero hablar.
Contar.
Gritar.
Mi boca ahora es la que nunca tuvo un beso.
Soy espanto
y soy fatiga.
Soy la muerte.
En cada pliegue de mi velo está el recuerdo.
Atardeceres, primaveras,
soles, lluvia,
todo lo leo con los ojos de un espectro,

todo parece
hundido en una nada.
Todo es silencio,
aridez y espinas.
En cada poro de mi piel está su vida.

De "Del alba al ocaso"



Tu llegada

Sentado en una mesa sin fronteras
espero a que llegues con la bata descosida,
los zapatos con cordones malatados,
tus medias cortas,
tus cejas largas,
una pinza de ropa en la camisa,
en tu pelo una sortija,
un gorrión con el canto de un jilguero
empollando un galgo en tus palabras,
tu culto antiguo
de hablar bajito,
de bajar hablando,
de valsear silbidos,
de silbar bailando,
de morir prontito
y vivir volando.

Confío

en que dejes tres pasiones en la copa,
un dibujo,
un hilito de tu ropa,
la sonrisa en un espejo,

la bolita de pan sobre la mesa,
la cuchara zurda
y el malvón de aquel recuerdo en la ventana.

De "El libro y el poeta"



Desnuda

Sola, apenas quieta,
la envuelve un suave olor
a violetas, a cortezas,
a hojas que han caído.
Sola, apenas quieta,
la fiebre roza su incipiente desnudez.

Los claros ojos
miran su belleza y la comparten.
Su mano busca
dar gozo al deseo que despierta
y descubre lentamente
los huecos del placer.

Sola, apenas quieta,
la virgen espera
el momento del saber.

De "El libro y el poeta"



La tristeza no nubla la hermosura

La tristeza no nubla la hermosura
de esos dos rostros cansados.
De pie en el descanso del vagón
el silencio susurra un drama en sus oídos.
Sobran la lágrima y el grito.
El dolor, como un gusano frío,
horada la palidez con un trépano lento.
Miran el túnel
y esperan la estación que nunca llega.
Sus palabras son la mirada suave,
casi en paz con la angustia
que las funde en el abrazo del llanto quieto,

Soy un mirón que comparte su quebranto.

De "El libro y el poeta"



Mujer en la playa

Aún adormecido
el reflejo del sílice
tiene la playa
un secreto de foto antigua.

Desierta.

Sin brisa.

Quieta.

El mar se empeña en arrullar la arena
y deja un manto de espuma tenue.

Sentada ante la línea inmóvil

una mujer sola

desafía al tiempo

y escribe, despacio,

la vieja carta:

“Otro mar

borra mis pasos en la arena”.

De "El libro y el poeta"



Sola

Cierra los ojos
y en la sombra de su interior callado
sus pasos caminan la exquisita soledad.
Y vive esa otra vida,
suave,
sin amantes que traicionan,
sin pozos de pasión abrupta,
sin rencores añejados en cubas oxidadas,
sin resacas agrias,
sin sed ni sequía.
Habrá en su boca una sonrisa
cuando el café con su perfumado oscuro
complete el despertar en la cocina.
Y ella estará sola
leyendo el libro mudo.

De "El libro y el poeta"



El mar ha muerto

El mar ha muerto
y la tormenta seca
dejó una playa exhausta de horizontes.
El cielo es un cristal resquebrajado.

No hay luces ni aparejos,
el ancla navega en un desierto,
callaron los cantos de marinos
y el faro dejó su luz inmóvil.

El mar ha muerto,
es la tumba del marinero ausente
y ella mira inútilmente al infinito.

De "El libro y el poeta"



Cúspide

Detrás de la seda
las señales y los guiños
avivan los deseos turbados.
La idea danza entre los poros
al son del momento
que se demora recorriendo el goce.

La yema apenas toca
algún pequeño monte,
una sola suavidad,
la demencia de algún hueco,
el fugitivo que no corre.

De un momento a otro
lo impensado estará sobre los pliegues
resbalando entre gotas,
adentrado en el camino
que descubre cada vez que lo transita.

La serpiente devora la crisálida
y la mariposa suspira
su último deseo.

El vuelo se ahoga en el viento
junto a la flor reciente
que estalla en peces de colores.

Mientras tanto
detrás de la seda
las señales y los guiños
abandonan la idea
cuando el máximo momento
entra al sueño del recuerdo.

De "El libro y el poeta"



Ojos

Los ojos castaños
ignoran la mirada que acaricia su voz
extasiada quién sabe en qué zetas infantiles.

O tal vez
acogidos por ensueños
no quieren entrar en el amor
que acecha en la piel clara
de su amante silenciosa,
la que anhela caricias furtivas,
un beso, el suave roce de sus pechos.

Los ojos castaños
cuentan una historia susurrada
entre hechizos y arrebatos.
El tren llega y ella dice “adiós”
a esa mirada que ahora
suplica que se quede.



Destierro en la familia

Mis pasos ciegos
salen perplejos de la gruta.
Los relojes hace tiempo
que agotaron su rutina
y todo está igual a mañana,
a mi infancia,
a mi despertar.
Un pañuelo rojo,
una copla,
un tulipán.
El goce de un sí.
El goce de un no.
Andar descalza por la calle,
saludar a los fantasmas y a los niños,
bailar frente a un espejo
que me lanza en un vuelo con jilgueros,
tejer con el hilo de un trapito
el sueño de mujeres
que descubren vidas.

Romper silencios con letrillas
que el monstruo no comprende.
Pero el grito de mi padre
quiebra el cristal
y hoy no sé qué prometí.
Mi vida crece
en el hueco de la espera.
Sólo miro el horizonte
que dibujan los barrotes,
sueño con pañuelos,
estrofas, tulipanes...
me quito los zapatos,
fantaseo con la luz de los espejos
y espero a que me traigan
las cuatro pastillas de colores.



La amante oscura

La amante oscura
teje sus sueños en la máquina de arder.
Su pasión es la espera
que abrasa los tiempos del reloj.
Acurrucada en los rincones del silencio
piensa en el amor
como en un antiguo amigo
que de vez en cuando la visita
trasteando recuerdos y milagros.
La amante oscura
siempre ama a contraluz,
a contratiempo,
a contrapelo.



El hilo de una abuela

A las Abuelas, que siguen buscando

Pienso en la hija
acusada de morir.
En la levedad de lo que no ocurrió.
En los años que pasaron
sin vidas que los recuerden.
En el llanto, la risa,
la muñeca de trapo.
No hay nada que germine
en este huerto ausente.
Nadie entiende
el grito que invoca al cadáver.

Él habita su ignorancia
y yo mi duda.
Es un niño que no dijo madre.
Y yo dos madres sin sosiego.



La chelista

Tras el cristal de la vidriera
el viejo chelo mira a la muchacha.
Sueña que en sus brazos
ella hubiera sido el canto del jilguero,
la nota oculta que reserva su magia,
la muerte en un acorde menor,
la pasión de Bach,
el gesto de amor que dibuja
la caricia del arco,
la angustia en el silencio.



Hacia la luz

En la línea
la luz ilumina el rostro
de alguien que no injuria,
el que nació en sus sueños de soledad.
El camino será, tal vez,
un viaje eterno.



Mujer que mira la ciudad

Mira la ciudad
a través de un cristal
que llora con las lágrimas de otra.
Busca en las calles y ventanas
el rastro de lo que creyó tener.
Su pasión quedó anclada
en las piedras del barrio viejo
mientras el mar
huía de la arena
y sus pasos olvidaban las huellas
en el caracol de la espera.



La sonrisa

Una gorra, la carpeta de la uni,
el bolso y un mantón.
Con una novela entre sus manos
sonríe indiferente al tren.
Lee hoja tras hoja
hasta que cierra el libro
pero la sonrisa no.
Ignorando a su dueña
queda flotando en el vagón.



La edad tonta

De las cuatro hay una
que está sola.
Las palabras pasan por ella
y no se detienen.
Su cara ensimismada
suplica aunque sea un reproche.
Nada. No existe.
Una de las tres
le pregunta la hora
y entonces la hermosa sonrisa
decora la cara de la sola.
Mañana, pasada esta edad tonta
mirará atrás y volverá a sonreír
sin esfuerzo.
Quién sabe si las otras
podrán hacerlo.



Atropellos cotidianos

Y súbitamente
se tiñeron de amarillo
los recuerdos, el mañana,
el ruido de la llave y de la puerta,
el pequeño gesto,
una frase,
los preludios del pavor.

El amarillo feroz
la lleva a la cama helada,
duele en el hueco que dejó la ternura,
anuncia la torva mirada
que sale del plato de sopa caliente.

Todo se vuelve amarillo
cuando un hálito de horror
acaricia la brisa oscura,
la culpa ahoga
al cuerpo equivocado,
el día es noche y borrasca,
la ira es una vara repentina
y la esperanza clama para que la vida huya,
vuelva al negro del silencio,

del túnel secular,
del fondo marino,
del abismo,
la pupila,
el punto,
el final.

De "Amor se escribe sin sangre II"



Amor y versos

Ante los confines de un azul sin sobresaltos
recuerda su llegada al abra del amor.
Él era un poeta
sin caligrafías.
Decía sus versos breves
donde nacen las ventadas
y el aire los llevaba en sus barcazas.
Ella iba atrapando sus poemas
en cajitas de colores
que abría por las noches
mientras sus besos deletreaban las palabras.
Se acercaba a sus rincones pero él
entraba año a año en un mundo diferente.
Y un día de bailes y canciones
se perdió del otro lado de una puerta.
Afuera el frío de su ausencia
la convirtió en fabricante de añoranzas.
Navegó hasta que el amor
la unió al barco compinche de sus viajes.
Ahora el ánora oxidada
la mantiene al resguardo de tormentas,
mira unos ojos cristalinos,
oye hablar de pasados ignorados

y piensa que daría cuatro flores
por cruzarse con él en una esquina
y volver a escuchar
los versos que el aire se llevaba.



Metafísica en el rostro

Su rostro inabordable
sólo deja presumir
que medita hondamente
en algo que insume el esfuerzo de pensar:
la crisis de valores
de esta época angustiante,
el grave conflicto entre dos generaciones,
la esencia del ser y la realidad que lo circunda,
la incoherencia del discurso del poder
o la grave molestia
que le provocan los zapatos nuevos.
Los dos.



Cantaora

Las manos buscan palomas
y rasgan confines de lunas.
Azucenas negras
tiñen la furia del pelo
y bailan el dolor
si la granada muerde
los labios sangrantes
en el abismo de su boca.

Los caballos alumbran el fandango,
y la jinete,
hechicera veloz del girasol nocturno,
cabalga por un campo salpicado de carmines.
En su rostro clarean
siete auroras sin ocasos
y en su estrofa
un claustro de pasiones
engendra la lágrima, la fiebre
y el cristal de la palabra.

La voz
viajera de siglos y parajes,
compañera del farol de las carretas,

muerta y nacida en pogromos oscuros
trae hambres y violines
y cantos y caminos
y se funde en el gesto
y arde en guitarras que se afinan
en los rincones del vino.

Cuando todo parece que se acaba
ella renace del quejío roto.
Es la mujer de la tragedia,
la que habita en la alegría.



La mujer que viaja

Casi inmóvil,
la mujer se deja llevar
por la palabra que oculta
el temor de perder las letras.
El acordeón arriesga
una frase que altera el pensamiento
y contraría a la memoria empecinada.
Entonces llega el túnel sin paredes.
El agua vuela
sobre un dragón sin faldas
y la ventana ciega
devora los recuerdos que aún vivían.
La mujer da vuelta la hoja
que se fija en el aire
entre el protagonista muerto
y su imposible amor.
La voz susurra el nombre
de una estación cercana.
Los árboles pintan la llegada
al final del libro.



Aeropuerto

Detrás del cristal
el mundo es un torrente mudo.
El mar dibuja una línea
desde donde comienzan
a volar las nubes.
Detrás del cristal
los obreros se mueven
en la lenta y callada turbulencia.
Ella ve alejarse
al que fuera en sus sueños
el anhelado amor.
Detrás del cristal
pasa una paloma que nunca llegará
a cruzar el trasluz.



La paz y el abandono

Contemplas el averno.
Tu mano acaricia indiferente
la indolencia de algún gato.
A tu lado
el temporal se agita
con el delirio de las horas
que pasan construyendo el estrépito.
El viento lanza rencores,
pájaros, amores, futuros
y el tornado los engulle
con la avidez del ermitaño.
Tu sabes que nada será igual
después del momento aciago.
Estás sola y así y todo
eres la paz que mira la vorágine.



La anciana y el cortejo

Arrastra el luto y los pies
entre piedras que esconden
memorias esclavas.
Una ausencia tiñe
la mirada errante.
Susurra los nombres
al son de una antigua canción marinera.
Gasteiz, Grimaú, Ruano,
Grimaú, Ruano, Gasteiz,
Subiendo la cuesta traspasa el cortejo.
La cruz, el obispo,
los santos codazos,
el fervor gazmoño.
El lienzo que cubre la impudicia muerta
agita balas ciegas,
miembros rotos,
cráneos machacados.
Es una tela con hedor a olvido.
La voz susurra los nombres
que se alejan del muerto y la murga.
Gasteiz, Grimaú, Ruano,
Grimaú, Ruano, Gasteiz.

Cada vez más lejos
resuena la antigua canción marinera
y la anciana piensa que cuando amanezca
buscará la tumba del verdugo muerto
y sobre la losa escupirá tres veces.



Atardece

Atardece y tus pasos
hechizan el camino.
Las huellas arraigan
en el olor del romero
cuando el campo dibuja
una danza con tu sombra.



Querría invitarla a tomar un café

El pañuelo tirante
abraza su cabeza
y cubre los signos innegables:
ese páramo reciente,
el color de la impotencia,
algo de la piel triste
que entristece el vacío
de unos ojos que ya miran desde afuera.
Su juventud escupe la injusticia.
Y yo, hundido en ese viaje,
querría invitarla a un café
y decirle aquellas cosas
que son algunas ciertas,
otras mentiras,
todas bobadas:
hay mañana, ya verás,
no te anticipes,
lo importante es el camino recorrido...



El final del poema

Allí donde aún flota su perfume
pasan las horas de un poema
que espera en silencio el verso final.
Ella cantaba la canción de un trovador
que murió con la sombra de la acacia.
Cansados del camino
sus pies jugaban a ser alas de calandria
y las manos rozaban alboradas.
Hoy son otros
los ojos que acarician su mirada
y por el puente
se desliza su esbozo hacia el recuerdo.



¿Entonces por qué?

No es por aquel sueño
de dar la vuelta la mundo
en un buque mercante holandés.
Tampoco por la noche interminable
en la que tus pies descalzos
inventaron el amor
bailando en la mesa de la fonda.
No es por tu risa,
desnuda en la playa
ni por el primer beso
entre prisas y eucaliptos.
Ni por la carta que escribiste
en quién sabe qué café.
No es por tu lágrima
cada vez que escuchabas
la canción del soldado en la frontera.
Ni por la despedida
que nubló para siempre tu mirada.
Es por ese pequeño temblor
que dibujaba en tu boca la sonrisa.
Por eso es difícil olvidarte.



A la mujer de una foto

Querría haberte conocido
cuando tus ojos eran tristes y lejanos
como si eternamente miraran al mar.
Entonces dibujabas
un hilo de sonrisa en la ventana
entre las gotas de una llovizna muda
y el anhelo que empañaba los recuerdos.

Querría haberte conocido
cuando el tren partía
en la vorágine de un beso y la esperanza
y dejaba los amores en andenes oxidados.
Entonces
una acuarela de quebranto
se acercaba a la sombra de tus párpados
y grababa para siempre las escenas de la guerra.

Querría haberte conocido
cuando mi voz decía en un susurro
que siempre habría un sol en tu sonrisa
y dos atardeceres en tus ojos.



La amante cansada

Aquella amante que dibujaba encuentros
entre dos puertos y el mar,
recogió la huella de la almohada
y desertó del lugar de los anhelos.
Cansada de habitar los espejismos
dejó de ser el sueño de un errante
y se coló en un libro de poemas.
Ahora camina
por la orilla de aguas suaves,
es un pájaro sereno.
Le cautiva bajar del carrusel
y adentrarse en el salón de los espejos.



Pozo

Quedó un trozo de pan sobre la mesa
en la que él te hablaba
del color de los cerezos,
del perfume que presagia cada otoño.
Hoy miras inmóvil
el trajín caótico del duelo,
la pena que cae
lamiendo el socavón
cuando suena el murmullo
del relato de los otros.

Donde nunca toca el sol
todo está más oscuro todavía.
Sólo se enciende la tristeza
del cante que llega de otras minas
que esbozan con crueldad
la misma muerte.



El murmullo del invierno

Cuando el rumor de la tristeza
echa el ancla en tu poema
hablas con la voz de alguien que vive
en una casa que nunca fue arrasada.
La bruma cubre el viaje
entre los ocasos
y algunas noches que el invierno salva.
La escollera oye la canción
lejana como el ruido de las olas en la arena.
Hablan las ruedas y las vías
y la lágrima no llega al llanto.
No se cansa mi mirada
sobre el cántaro de tu silencio.
El día se evanesce sobre el papel de las letras.



La mujer de un sueño

La locura
ha navegado el mar de tus palabras;
dibuja un colibrí
que devora tus tobillos
y silba una nana a la peca de tu espalda.
Vive en la sonrisa de beso y silencio,
en el vidrio de tus ojos
que evocan quién sabe qué tristezas
y en ese terciopelo
donde mueren las ausencias.
Cuando el sueño te abandone
en la verdad de otros caminos
sabrás que estos versos
ya no hablan de ti.
Y yo en mi vigilia
tendré miedo de volverme cuerdo
y perderte en el bosque de los soles
que habitan por las noches mi poema.



Cocido para dos

Otro idioma explica los aromas
que se enlazan con aquellos
de la infancia castellana.
El cocido convoca
a la hora temprana de cada día.
Él trajo de su exilio
el hábito de comer pronto
y ella la nostalgia
por todo lo que queda
en los infinitos rincones de la ausencia.

Sola en la cocina,
la radio a bajo volumen
y el libro en la mesa,
se quita el delantal,
el pañuelo,
sirve los dos platos
y se sienta a comer.
Hace tiempo que ha perdido
la costumbre de esperarlo.

Poco a poco el vapor de los platos
agota sus fuerzas
contra el cristal que se nubla
para que ella ignore
el eterno vacío de la calle.
De los dos, uno ha quedado sin tocar.
Como siempre.



La oscuridad peligra

El rubor de la muchacha
muere tras lo que quiso probar
cuando la oscuridad peligraba
en la carrera de relojes.
Algo respira tras la túnica.
Es el viento que agoniza.



Árbol, pájaro, mujer

A Ire

Aunque esté escrita la hora de volar
el horizonte sabe
que sólo es una línea en el dibujo.

Atrapas al pájaro
y el árbol florece
entre tus tibias caderas.

Todo en ti será siempre la ternura,
la pasión que fue,
la prisión para la huida.



La mujer de mi poema

En esta tarde que respira la nostalgia
de un otoño extraviado entre azahares
quisiera escribirte algún poema.
Un poema sencillo,
que hable de ti
con la voz queda de la gente humilde.
Pero jamás he visto
tus pies descalzos en la arena
y no te he oído
cuando llamas por su nombre a las avispas
y no sé del perfume de tus pechos
ni cómo guardas las mentiras en pañuelos.
Nunca te he preguntado
si lees en la cama
o si prefieres el güisqui a las canicas.
No te conozco.
No sé si estás, si ya te has muerto
o si has nacido.
Tendré que inventarte un día de éstos
y así poder escribir este poema.



La frase

Meses antes, tal vez años

algo se dice en el bar,

en la cama

o en la pared.

Una sonrisa pinta la frase

que se hamaca

como un pétalo en la brisa,

un pétalo amarillo

ya agrio cuando ha caído

meses después, tal vez años.

Para entonces la puerta está cerrada

y hasta la soledad es falsa.

Las palabras que sonaron bellas

caminan ahora cubiertas de sangre.



De "Amor se escribe sin sangre II"



La vecina coja

Saludo a la anciana vecina coja.
Sé que siempre será bella.
El mango del bastón
se encoge a cada paso.
Intuimos el dolor.
La única hoja que queda del otoño
baila en la calle
la danza de las mujeres solas.
Un cielo sin nubes
remeda su tristeza.
Los días han dejado de brillar.



En voz baja

La voz suave
abrazaba ternuras
de pequeñas melodías
que silban golpes de espuma.
Y dice
en un susurro:
“son nuestras
la lluvia y el árbol
pero no tuvimos
pieles ni versos
que confiesen el ardor
del laberinto blanco”



Los sueños del poema

A Elvira Daudet, porque dice
que odia a esa vieja extraña.

La pavora del pájaro en el fuego,
la palabra condenada,
la idea que se vuelve muda,
el viento cruel de la cuesta.
Un dolor tiñe rincones
con las lumbres que agonizan.
Y sin embargo
la mancha intuye su derrota
y una guerrilla de versos
amanece cuando empuñas
los sueños del poema
en el teatro de las batallas perdidas.
Brotan entonces el reflejo
en el canto de las gotas,
crece en el verso la palabra
y tú que sabes del amor en el vacío,
sigues amando
como sólo eligen
hacerlo las poetas.



Las artistas

Son bellas y saben jugar al ajedrez.
Toman el café
de algún pequeño lugar del mapa
en tazas de porcelana negra.
Se llaman Ylenay,
o Yerma o Janette.
O simplemente Lola.
Lucen faldas largas
y un colgante africano
que les vendió un señor
que nunca separaba
el trabajo del amar.
A media mañana encienden
sus primeros cigarrillos.
Los disfrutaban lentamente
hasta que el filtro
les recuerda la brasa.
Con su voz ronca
beben al mediodía aperitivos con soda
y a la tarde a veces un cuantró.

Siempre tienen un amigo
con el que hablan del arte,
del placer de las arañas
y de los pocos datos
sobre la existencia de dios.
Con él cenan a la luz de tres velas
el famoso plato hindú
que aprendieron viajando en los '60.
Desayunan con su gata negra
tostadas de panes caseros
con mantequilla y una mermelada
de color violeta oscuro.
Luego caminan a orillas del Sena
o de cualquier río que atraviese una ciudad.
Vuelven a sus casas a encerrarse
en el taller que huele a piedras
o a pinturas
o a letras
o a trapecios
y en el que suena
una lejana melodía
que las invita a amar.



Lavar a mano

La carga poética que tiene
el lavar la ropa a mano
no es para nada comparable
a la frialdad del lavarropas.
El poder de la nostalgia
nos transporta a esa orilla
en la que frotábamos
las prendas enjabonadas contra la roca.
Todo entre cantos y gritos
bajo la sombra del sauce en verano
o cobijados por el sol del mediodía
en el invierno.
Todavía siento
el tacto del jabón en las manos
y su perfume penetrante.
El agua helada.
Los nudillos rojos.
Las puntas de los dedos azules.
Y el terrible dolor cuando volvía
la sensibilidad a nuestras manos.

Ahora la fría máquina
no trae ningún recuerdo.
Simplemente lava
mientras yo puedo escribir:
la carga poética que tiene
el lavar la ropa a mano
no es para nada comparable
a la frialdad
del lavarropas sin historia.



La mujer cansada

Dibuja sombras la tarde
y el bus abandona a la mujer cansada.
Ella sube la cuesta y desde allí lo mira.
El artilugio se aleja
mientras va repartiendo
por calles con casas sin pintar
siluetas de hambre, agravios y fatigas
que son las que pagan las banderas.
Las que otros cuelgan.



Bajo la encina

La mujer de la antigua tristeza en el rostro
se sienta a soñar bajo la sombra de la encina
lo que nunca tuvo.

El camino y las chicharras en las tardes de verano.
La lentitud de las horas y los carros.
La música de Bach y la de un grillo.
El sabor de la caricia.
El juego que excita.
Las palabras y el vino tranquilo.

Pero la acritud
persiste en el latido
del que dejó el hueco,
la herida por la que camina el alacrán.

Bajo la encina
la sombra cobija a la mujer
que esconde una nube en su idea.



Ellas

Eran bellas,
caminaban lentamente,
escribían la poesía del ocaso,
hablaban con la suavidad de las manzanas,
amaban a seres que crecían en sus versos,
cazaban ilusiones entre espigas de lavanda,
enseñaban a enseñar,
inventaban números,
creaban artes,
y a veces
también morían.



Índice

Dedicatoria	7
Tu palabra muda.....	8
Dos alianzas.....	9
Deshabitada.....	11
Tu llegada.....	13
Desnuda.....	15
La tristeza no nubla la hermosura.....	16
Mujer en la playa.....	17
Sola.....	18
El mar ha muerto.....	19
Cúspide.....	20
Ojos.....	22
Destierro en la familia.....	23
La amante oscura.....	25
El hilo de una abuela.....	26
La chelista.....	27
Hacia la luz.....	28
Mujer que mira la ciudad.....	29
La sonrisa.....	30
La edad tonta.....	31
Atropellos cotidianos.....	32
Amor y versos.....	34
Metafísica en el rostro.....	36
Cantaora.....	37
La mujer que viaja.....	39
Aeropuerto.....	40
La paz y el abandono.....	41
La anciana y el cortejo.....	42

Atardece.....	44
Querría invitarla a tomar un café.....	45
El final del poema.....	46
¿Entonces por qué?.....	47
A la mujer de una foto.....	48
La amante cansada.....	49
Pozo.....	50
El murmullo del invierno.....	51
La mujer de un sueño.....	52
Cocido para dos.....	53
La oscuridad peligra.....	55
Árbol, pájaro, mujer.....	56
La mujer de mi poema.....	57
La frase.....	58
La vecina coja.....	59
En voz baja.....	60
Los sueños del poema.....	61
Las artistas.....	62
Lavar a mano.....	64
La mujer cansada.....	66
Bajo la encina.....	67